



EDICIÓN
IMPRESA

Esas vidas

Alfons Cervera

Montesinos. Mataró, 2009. 149 páginas, 19 euros

- (12/06/2009)

-



Con más de una docena de títulos en su haber, el valenciano Alfons Cervera (1947) continúa siendo un autor de minorías, poco dado a la exhibición y a la publicidad. Pero lo que importa es que se trata de un magnífico escritor, y es una lástima que su obra, escrita como con sordina y de espaldas a los grandes circuitos, no sea tan conocida como merece. *Esas vidas* es un relato de naturaleza inclasificable, donde los recuerdos personales -estimulados en este caso por la muerte reciente de la madre- van unidos a lejanas evocaciones familiares, intentos de aclarar puntos oscuros del pasado, confesiones literarias y una continua y recurrente *meditatio mortis* en la que se adivinan afinidades con espíritus diversos y hasta dispares, como Stendhal, Cioran o Rafael Chirles, en unas páginas impregnadas de literatura. Mientras asiste a un congreso en Grenoble, el autor recuerda a su madre recién muerta, y los planos del pasado y del presente, del paisaje familiar y de la lluvia que cae sobre la ciudad francesa, de los familiares lejanos y de los congresistas, se mezclan y se funden sin cesar, en una disposición de secuencias breves que, siendo inevitablemente narrativa, recuerda a menudo, con sus anáforas y reiteraciones, ciertas estructuras poemáticas, e incluso deja fluir en algún momento caudalosamente el discurso (págs. 77-79), liberado ya de la puntuación y sometido tan sólo al vaivén caprichoso de los pensamientos. Claro está que gran parte del material utilizado es real -aunque la selección de elementos y su disposición en el texto constituyen manipulaciones e interferencias que permitirían poner en duda la fidelidad de la narración a una realidad objetiva incuestionable-, pero esto es casi una constante en la obra de Cervera, que siempre bordea la frontera entre la novela y la crónica, entre la invención y el memorialismo. “La realidad y lo que inventamos no tienen por qué ser diferentes”, afirma este narrador-cronista (pág. 40). O bien: “Los recuerdos tienen algo de ficción, de un paradójico despotismo que anula cualquier posibilidad de desvelar en la evocación sus ángulos oscuros” (pág. 55).

A la luz de reflexiones como éstas, pueden leerse las páginas de *Esas vidas* -un “recuento de recuerdos cruzados”, según la caracterización del autor (p. 117)- como relato verídico, pero también como una narración donde lo decisivo no es su grado de veracidad, su mayor o menor ajuste a unos hechos sucedidos, sino la hondura de las sensaciones, la maestría en el entrecruzamiento de súbitas analogías que traspasan el tiempo y el espacio, la limpieza de una prosa que traduce los diversos estados de ánimo, con una sintaxis que va desde los períodos amplios a los puros enunciados nominales, como chispazos de impresiones que se yuxtaponen, y siempre en busca de la expresión inesperada, imprevisible. En unas pocas líneas: “Los armarios escondían manchas de sombra [] Los años se han acumulado en sus paredes y hay una huella líquida y oscura a cada puerta que abres con cautela. La vida se quedó pegada al polvo y a la arrogancia insana de las moscas” (p. 34). Aquí no hay nada vulgar y ramplón, sino literatura de buena ley, para leer y paladear despacio.